EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 11411

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 17 DE NOVIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Consultorio Médico.—Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepatico y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

RIESTRA-SALGADO

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA

INGENIEROS ELECTRICISTAS

industriales, minas, etc.

CARRERAS DEL EJERCITO Y MARINA

Bajo la dirección del *Oficial de Artillería* D. Enrique Salgado y del *Jefe del mismo Cuerpo* D. Adriano Riestra, *Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas*

Carmen, 78 y plaza Roldán, 5 y 6

MÁS GRAVE

A medida que transcurre el tiempo va siendo más grave el conflicto barcelonés. Ni la suavizacion de las medidas de rigor adoptadas en un principio contra los industriales morosos, ni las proposiciones de arreglo llevadas á la capital del Principado por el diputado Sallarés, ni el ofrecimiento contenido en las palabras del Sr. Silvela al decir que no puede conceder nada mientras no abandonen los gremios la actitud de rebeldía, nada vence la resistencia de los gremios que insisten en no pagar sus cuotas y en tener cerradas sus tiendas.

Ultimamente se ha puesto en libertad á los industriales detenidos; pero no por esto ha variado el aspecto de la cuestion, al contrario, Manresa ha hecho causa común con Barcelona y ya ha cerrado sus establecimientos.

La situacion se ha hecho insostenible; el gobierno se encuentra frente á una cuestión insoluble y no puede estarse con las manos cruzadas. Si así fuera quedaría el principio de autoridad por los suelos y ya se ha achicado bastante para pensar que pueda seguir reduciendo su altura.

Así lo ha entendido el gobierno cuando se ha decidido á tomar medidas de rigor; pero ¿será tiempo?

Mucho lo dudamos; el conflicto ha tomado caractéres extremos; la resistencia se ha hecho cuestion de amor propio, y á medida que el gobierno ha ido dulcificando sus procedimientos se han ido encariñando los morosos con su triunfo que consideran cerca.

Dados los términos en que está planteado el asunto, los propósitos del gobierno de acudir á las medidas de rigor y la decisión de los industriales morosos de seguir resistiendo, causa pena lo que puede pasar. El gobierno ha declarado en suspenso las garantías constitucionales, ha puesto á los rebeldes en prisión, los ha sujetado á los juzgados militares y los ha tratado con toda dureza dentro de los límites de la benignidad.

¿Se trata ahora de salvar esos límites? Sin duda á eso se alude con las medidas de rigor que se anuncian.

Sentiremos que llegue ese caso y deseamos vivamente que callen las pasiones y hablen los deberes.

TIJERETAZOS

Para *Tenorio* el que han hecho este año unos cómicos en el teatro de Jaén.

Ni el mismo autor conociera
lo que allí se ha presentado:
un *Tenorio* asesinado
de malísima manera.
Don Juan, que estaba alegrete
y sediento de jaranas,
se bailó unas sevillanas
al compás de un clarinete.
Más tarde el público echó
á la escena algún dinero
y bajando *Ulloa* ligero
del pedestal, lo cogió.
Tenorio mató á *Don Luis*
sin desenvainar la espada
y aunque estaba ésta envainada
medio despachó en un tris.
Estuvo superiormente
la compañía en el drama
Como que al irse á la cama
se iba riendo la gente.
Y es fama que al retirarse
los actores del teatro,
le hicieron de cuatro en cuatro
para mejor ayudarse.
Porque, como están baratas,
tendieron y con razón,
que les cayera un cocion
de gordísimas patatas.

—

Dicen de Cádiz.

«Mañana sale para Canarias el acorazado «Carlos V».

Dícese que allí recibirá la orden de dirigirse al Transvaal.»

¿Por qué vía? Por algún camino de herradura ó por alguna senda del bosque?

—

Un orador inglés ha dicho, que el gobierno de su nación deberá conceder al Transvaal la más amplia autonomía posible.

Hombre, no adelante usted los acontecimientos y deje que se arregle la cuenta para ver á favor de quien resulta el saldo.

Las cuentas hechas de prisa corren peligro de resultar equivocadas.

Y pudiera ocurrir....

Vamos, que hay mucha tela que cortar en el Africa del Sur.

CRÓNICA MADRILEÑA

SS. AA. los príncipes Alberico y Federico Enrique nos han abandonado ya. El lunes último salieron para Sevilla, en el expreso de Andalucía, de riguroso incógnito y acompañados de una muy reducida parte del personal militar que trajeron de Alemania.

En honor de la más pura verdad histórica hay que consignar que los madrileños de la buena cepa (*pur sang* que dirían los francomanos) están sumamente resentidos con los magnates germánicos.

Imagínense ustedes que en Madrid había muchísimas personas que se regocijaban con la idea de mirar la augusta faz del regente de Brunswich, de admirar su colosal talla, tan cacareada por las plumas de gacetilleros y reporters, de convencerse de la *barbilampiña lindeza* que *ostenta* Federico Enrique, de contar las cruces que llevan, de disputar sobre si la guerrera era gris claro ó gris obscuro, de si sonríen ó miran foscos cuando saludan, de si se suenan amenudo, de si se rascan el cogote, y otras muchas y entretenidas observaciones que debían ser la comidilla de cierto número de desocupados madrileños.

Bueno; pues los príncipes han defraudado las nos[illegible] esperanzas concebidas. En primer lugar llegaron á la Corte de noche, lo cual prueba que son personas que ni *distinguen* ni saben *alternar*, que si lo fueran hubiesen entrado á las doce del día, con formación de tropas en la carrera, desfile subsiguiente, música y colgaduras; después, el domingo antepasado por la tarde—en cuya mañana impusieron á S. M. D. Alfonso XIII las insignias del Aguila Roja—se aseguró que irían á las carreras de caballos é... ¡ira de Dios! faltaron á su palabra, ó á la palabra de los que prometieron que irían.

La gente se extendió en dos apretadas filas á lo largo de Recoletos y la Castellana hasta las puertas del Hipódromo; en este sitio formó en línea un escuadrón de la guardia civil, de gran gala; otro de lanceros estaba situado á la entrada de la tribuna regia, y dos trompetas, uno de la guardia municipal y otro de caballería se apostaron entre las estátuas del Marqués del Duero y Doña Isabel la Católica, prontos á dar el toque de atención.

Y empezaron las carreras y dieron las tres, y las cuatro y las cinco... y el espectáculo se acabó y los príncipes no llegaron.

Aquí de las protestas del público.

—¡Esto es una informalidad!—decía un caballero con tipo así como de comerciante de sedería.

—¡Esto no pasaba en tiempos de doña María Cristina de Borbón!—exclamaba una moñía que había sido ugier en el Estamento de Procuradores.

—¡Ay, mamá, qué desatentos son estos hombres del Norte!—prorrumpía una niña con una cesta de legumbres por sombrero en la cabeza, y que tiene un novio que va para crítico *con fondo*.

—¡Valiente *gachó* está el Señor *Acerico* ese!—murmuraba una chula.

Y así fué desfilando todo el mundo.

Luego han ido los príncipes á los novillos, al Real, á la zarzuela, á las mismas carreras; pero sin aparato, casi sin anunciarlo, *de mala manera*, en fin.

¡Mire Vd. que preferir irse al Escorial, á Toledo y á Segovia, á darse una vueltecita todas las tardes por la calle de Alcalá.

Por supuesto que ellos se lo han perdido. Porque es lo que decían las del tercero de mi casa, dos chicas feas ellas y cursis ellas.

—Nosotras pensábamos regalar al príncipe Alberico un gorrito, muy mono que habíamos bordado en seda amarilla á realce; pero en vista de su comportamiento se lo hemos mandado al murguista de la buhardilla, que el pobrecito se cubre la calva con un cucurucho para pastas.

hada, de modo que ese buen mozo no pueda irse; tenemos que hablar con él.

—Sí, sí señor, es menester que hableis con él, señor Pommeferre, y que le asusteis de manera que no se atreva á volver á pasar, no digo yo por la calle del Gato, sino que ni por la de la Cruz, ni por la de la Gorguera, sus convecinas.

—Ya se arreglará todo eso, señor Márcos; ea, vamos á casa de Petra Pica.

VI

Salieron del aposento, y Malegarde fué alumbrándoles hasta abajo con una de las bujías que estaban sobre la mesa.

Abrioles la puerta el mozo, salieron, y Malegarde se volvió al aposento, cerró la puerta, se fué al lecho donde estaba Simon, le volvió, y le dijo:

—Desnudaos, y dormid bien, que aquí pasamos la noche.

—¿Y los otros? dijo Simon.

—Se han ido.

—Pues me alegro, repuso Simon: esta cama es mejor que la maldita cama de mi prima y de su marido.

—Vamos claros, camarada; vuestra prima le ha jugado una mala pasada al señor Márcos.

—Vamos, callaos, dijo Simon; ¿pues que había yo de deshonrar á una prima hermana mía? Y luego, que aunque él es una visión, y tiene cerca de treinta años en cada pierna, ella le quiere; ¡como que le conoció tan niña, y él es un buen hombre!... pero es muy celoso; y el haberla pegado le va á costar el que yo le siente la mano.

—Dejadle, que ya se la sentó yo de modo, que á buen seguro que ande derecho en quince días.

—Pues entonces mejor, dijo Simon, y empezó á desnudarse.

Malegarde le imitó, y se metió en la cama, después de haber apagado las luces.

—Buenas noches, dijo Malegarde.

—Buenas noches, contestó Simon.

Poco después se oían dos fuertes ronquidos que partían de opuestos ángulos del aposento.

—¡Bebido y celoso! ¿Y creeis que no tengo razon para tener celos?

—De seguro, señor Márcos, que no. A pesar, sin embargo, de que teneis mal nombre para marido.

—Pues es verdad, dijo el bachiller sériamente; pues hasta ahora no había reparado en ello: es cierto; he nacido predestinado.

—¡Bah! para tener celos de su mujer no es preciso que un hombre se llame Márcos; y para no tenerlos, lo mejor que hay que hacer, es lo que he hecho yo, no casarme. Pero ¿cuando llegamos á casa de Petra Pica?

—Está á lo último de la calle, junto al Prado de San Gerónimo; no tiene pérdida; es una casita que hace esquina con el Prado, á la derecha.

—¿Sabeis una cosa? dijo Pommeferre.

—¿Y qué quereis que sepa?

—Que puesto que no puedo equivocar con otra la casa de Petra y que ahora estamos á la entrada de la calle de las Huertas y cerca de vuestra casa, os acompañe yo hasta ella y os deje encerrado y seguro.

—Verdaderamente, señor Pommeferre, que esto es lo mejor; porque en fin, ¿que diablos he de hacer yo á casa de Petra Pica? Estorbaros que hableis, ó irme á la cocina con la criada, lo que no sería deco-